

no había hecho excusa en pedir la señal el indio, ni dudado en ello, antes sin turbación alguna había dicho que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de más confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana, que no entendía el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen, luego lo despidiese, para ir en su seguimiento; y que sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguían, con cuidado fuesen en pos de él hasta el lugar que había señalado y en que afirmaba haber visto á la Virgen María; y que advirtiesen con quién hablaba, y le trajesen razón de todo cuanto viesen y entendiesen: hízose así conforme á la orden del Sr. Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á un punto por donde se pasaba el río, que por aquella parte, y casi al pie del cerrillo desagua en la laguna que tiene aquesta Ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que lo seguían; y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron: y teniéndolo por embaidor y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él; y habiendo informado de todo al Sr. Obispo, le pidieron que no le diese crédito y que le castigase por el embeleco, si volviese.

#### Tercera Aparición.

Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Sr. Obispo) llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á María Santísima que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia, le dijo: "cómo en cumplimiento de su mandato, había vuelto al palacio del Obispo, "y le había dado su mensaje; y que después de varias preguntas y "repreguntas que le había hecho, le dijo no era bastante su simple "relación, para tomar resolución en un negocio tan grave, y que te "pidiese, Señora, una señal cierta, por la cual conociese que me "enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase templo "en este sitio."

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas, y mandóle que volviese al día siguiente al mismo paraje, y que allí le daría señal cierta con que el Obispo le diese crédito: y despidióse el indio cortesmente, prometida la obediencia.

Pasó el día siguiente, lunes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecución lo que se le había ordenado, porque cuando llegó á su pueblo halló enfermo á un tío suyo llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente y tenía en lugar de padre, de un accidente grave y con una fiebre maligna, que los naturales llaman *cocoliztli*; y compadecido de él, ocupó la mayor parte del día en ir en busca de un médico de los suyos para que le aplicase algún remedio; y habiéndole conducido á donde estaba el enfermo y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente, y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago *Tlatelolco* á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema-Unción, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del día martes doce de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar uno de los sacerdotes, y volver en su compañía por su guía: y así como empezó á esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde había de subir á la cumbre del montecillo, por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el día antecedente á obedecer el mandato de la Virgen María, como había prometido; y le pareció que si llegase al lugar en que la había visto, había de reprenderlo, por no haber vuelto como le había ordenado; y juzgando con su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguía por lo bajo y falda del montecillo, no le vería ni detendría, y porque requería prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado, podría volver á pedir la señal que había de llevarle al Sr. Obispo, hízolo así; y habiendo pasado el paraje donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

## CUARTA APARICION.

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca y con la claridad que la vió la vez primera, y dijole:

—“¿A dónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?”

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbación, postrado de rodillas:

—“Niña mía muy amada, y Señora mía, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que te dijere. Sabe, dueño mío, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tío, de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al Templo de Tlatelolco en la Ciudad, á llamar un sacerdote para que venga á confesarle y olearle; que, en fin, nacimos todos sujetos á la muerte; y después de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.”

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

—“Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano.” (Y fué así, según se supo después, como se dirá adelante.)

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—“Pues envíame, Señora mía, á ver á el Obispo, y dame la señal que me dijiste, para que me dé crédito.”

Dijole María Santísima:

—“Sube, hijo mío muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y tráelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir.”

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabía de cierto que no había flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de Castilla, frescas, olorosas y con rocío,<sup>1</sup> y poniéndose la manta ó tilma como acostumbra los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas á la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pie de un árbol que llaman *Cuauzahuatl* los indios, que es lo mismo que *árbol de tela de araña* ó *árbol ayuno*, el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre y sólo da unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pie pasa una vereda, por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente: y aquí fué, sin duda,<sup>2</sup> el lugar en que se hizo

1 Se hace mención especial de las rosas de Castilla, por ser muy raras en aquel tiempo: pero, á más de las rosas, otras Relaciones antiguas, y los testigos de las Informaciones jurídicas, ya mencionadas, afirman que Juan Diego halló “muchas flores y rosas: muchas flores, unas diferentes de otras: entre ellas, muchas rosas de las que comunmente llaman de Alejandría, y que llaman acá, rosas de Castilla.”

Que estas muchas flores, y este vergel de rosas fuesen milagrosas, baste por ahora, confirmarlo, con lo que hace notar Torquemada (“Monarquía Indiana,” lib. XIV, cap. 44). “Como por el mes de Octubre empieza en esta Nueva España á agostarse la tierra; y las flores se secan y marchitan, porque hasta entonces hay flores y rosas.” Añádase lo pedregoso que era el cerro de Tepeyac; luego, no podía naturalmente, haber tales flores en tanta abundancia y en este tiempo y lugar.

2 Esta no es más que una suposición del traductor Tanco; pues no se halla en el texto original mexicano, ni en ninguna otra historia antigua; tampoco se halla en las Respuestas que los testigos, especialmente los indios ancianos, dieron en las informaciones citadas. Confiesa Tanco en su *Papel*, arriba citado, “que, no dice la Tradición que la Imagen se formó al desplegar su manto el Indio en presencia del Obispo, sino que se vido entonces.” Muy bien: todos los testigos, dicen en las Informaciones que: “se halló estampada: se vido entonces: se había hallado estampada: quedó estampada en dicho ayate: cayeron en el suelo las flores y rosas y se vió en ella pintada la Imagen.” Pero de ahí no se sigue la conclusión de Tanco “que en la falda del cerro se hizo la pintura.” Pudo ser así, y pudo ser de otro modo también, como insinúa el texto mexicana-

la pintura milagrosa de la Bendita Imagen; porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que había cortado: y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

—“Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que “por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, “hijo mío, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de “ti. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni “despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te “mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga “por obra mi templo.”

Y dicho esto, le despidió la Virgen Maria. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría buen suceso y surtiría efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venía mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.<sup>1</sup>

no, que traducido á la letra dice: “y habiéndose desparramado todas las rosas, luego allí se apareció de repente la Imagen.” (Pág. 51.)

Carrillo, en su Disertación, (párrafos 15-22, pág. 97) escribe:

“Este sabio autor (Becerra Tanco) dice, que por estar ya figurada la Imagen, le mandó la Virgen Nuestra Señora al Indio Juan Diego, que no mostrase á persona alguna lo que llevaba, antes que al Sr. Obispo.—Persuádome de que se obró el milagro de la Santa Imagen en la ocasión que la Virgen María arrojó las flores en el regazo de la capa del Indio.....—Reflexiónese aquí, que aunque la Beatísima Virgen le mandó al Indio no mostrase lo que llevaba á otro antes que al Obispo, se vió violentado á quebrantar esta orden, por consiguiénte se patentizó no venir la Imagen pintada. Pues si así hubiera sido, ó el Indio cuando *venía mirando de rato en rato las rosas*, ó los familiares del Sr. Zumárraga cuando les *parecieron, por tres veces que intentaron tomar algunas, pintadas ó tejidas*, hubieran visto parte de la pintura. Es así que todos vieron flores y no otra cosa: luego la Santa Imagen no se figuró en Tepeyac, sino en el acto de desplegar la manta el Indio ante el Sr. Obispo. Esta es la consecuencia que sale; y de este sentir son todos los escritores de esta prodigiosa Aparición. A menos que no queramos recurrir á otro milagro, de que no hay necesidad: éste es, el de que así al Indio, como á los familiares, hubiera Dios ocultado la sagrada Pintura de su vista: pues á más de no haber necesidad de ocurrir á él, ni el propio autor lo dice, ni ninguno otro; y por consiguiénte, se debe estar á la común tradición, y á lo que se deduce de las mismas razones de Tanco, que se han alegado.”

<sup>1</sup> Las rosas milagrosas sirvieron *inmediatamente* de señal á Juan Diego; y las rosas con la Imagen milagrosamente pintada, fueron la señal que *directamente* la Virgen mandó al Santo Prelado.

#### Aparición de la Imagen.

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Sr. Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo, le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron coger algunas viéndolas tan hermosas, y al aplicar la mano por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al Sr. Obispo: y habiendo entrado el indio á su presencia y dándole su mensaje, añadió, que llevaba las señas que le había mandado pedir á la Señora que lo enviaba; y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la Imagen de María Santísima, como se ve en el día de hoy.

Admirado el Sr. Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y con rocío, como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la Santa Imagen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenía atrás en el cerebro, y la llevó á su oratorio; y colocada con decencia la Imagen, dió las gracias á Nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

Detuvo aquel día el Sr. Obispo á Juan Diego en su palacio haciéndole agasajo; y al día siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima María que se le edificase Templo. Llegados al paraje, señaló el sitio y sitios en que la había visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios: y pidió licencia para ir á ver á su tío Juan Bernardino, á quien había dejado enfermo: y habiéndola obtenido, envió el Sr. Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles, que, si hallasen sano á el enfermo, lo llevasen á su presencia.

## Quinta Aparición.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacían, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Sr. Obispo, y cómo la Virgen Santísima le había asegurado de su mejoría; y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le había dicho que estaba libre del accidente que padecía, afirmó Juan Bernardino que en aquella misma hora y punto había visto á la misma Señora en la forma que le había dicho; y que le había dado entera salud; y que le dijo: "cómo era gusto suyo que se le edificase un Templo en el lugar en que su sobrino la había visto; y asimismo que su Imagen se llamase SANTA MARÍA DE GUADALUPE:"<sup>1</sup> no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del Sr. Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que había cobrado salud, y qué forma tenía la Señora que se la había dado; averiguada la verdad, llevó el Sr. Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Otras relaciones antiguas, y la que sobre documentos antiguos redactó el célebre Veytia, consignan por entero el nombre que la misma Virgen dió á su Imagen, y es "que su Imagen se llame Santa María Virgen de Guadalupe."

A más de esto, el Pontífice Romano Benedicto XIII, en la Bula de la Erección de la Colegiata (9 de Enero de 1725), más de veinticuatro veces usa constantemente la expresión de *Santa María Virgen de Guadalupe*. Lo mismo repite Benedicto XIV, especialmente en las Bulas de 25 de Mayo de 1754.

Siendo así, que los Pontífices Romanos, sobre las *Escrituras auténticas*, remitidas á Roma por los Arzobispos de México, extendieron sus Bulas, en que constantemente se repite la expresión citada, preciso es deducir que el nombre entero, que la Madre de Dios puso á su Imagen, es el de *Santa María Virgen de Guadalupe*.

<sup>2</sup> En la traducción, mandada hacer por Boturini, se lee (pág. 57): "El Obispo los hospedó, á Juan Diego y á Juan Bernardino, en su casa unos quantos días, hasta que se fabricó el templo de la Reina de el cielo, en donde señaló Juan Diego."

Y el mencionado Veytia en la Relación que escribió "según las más seguras tradiciones," añade una circunstancia importantísima, que tomó de los documentos antiguos que poseía. Y es que el Obispo llegado á su casa con los dos, llamó aparte á Juan Bernardino y llevóle á su Oratorio sin decirle palabra, y al punto que vió la Santa Imagen, dijo: que aquella era la misma que se le había aparecido y dádole la salud." ("Baluartes de México," pág. 9.)

Ya se había difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudían los vecinos de la ciudad á el palacio episcopal á venerar la Imagen. Viendo, pues, el concurso grande del pueblo, llevó el Sr. Obispo la Imagen Santa á la Iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que había señalado el indio, en que se colocó después con procesión y fiesta muy solemne.

Esta es toda la tradición sencilla y sin ornato de palabras; y es en tanto grado cierta esta relación, que cualquiera circunstancia que se añada, si no fuere absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa; porque la forma en que se ha referido, es muy conforme á la precisión, brevedad y fidelidad con que los naturales cuerdos, é historiadores de aquel siglo escribían, figuraban y referían los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Virgen para que su imagen se llamase de Guadalupe, no lo dijo; y así no se sabe, hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.

Hasta aquí llega la tradición primera, más antigua y más fidedigna.

## CAPITULO IV.

## El nombre de Santa María de Guadalupe.

ETIMOLOGÍA DEL NOMBRE.—POR QUÉ LA VIRGEN APARECIDA TOMÓ EL NOMBRE DE GUADALUPE.—LA GUADALUPE DE MÉXICO NO ES COPIA DE LA DE EXTREMADURA.—EL TÍTULO HISTÓRICO Y EL TÍTULO LITÚRGICO DE LA VIRGEN APARECIDA.

## I

Sobre el nombre de Guadalupe, con que la misma Virgen Madre de Dios quiso se llamara su Santa Imagen, mucho han discurrido el Lic. Luis Becerra Tanco, el P. Florencia y el Canónigo Conde y Quendo de Puebla, por no citar á otros muchos.